

TEATRO

Autocríticas de autor e intérpretes

Dalí no va buscando audacia

Esta noche se estrena en el Teatro Nacional María Guerrero la nueva versión escénica de Salvador Dalí del "Don Juan Tenorio". Todo es distinto en la decoración a la del ensayo que hizo el mismo artista el pasado año.

Sin embargo, se parecen como una gota de agua a otra las dos versiones en cuanto a que se respetan íntegramente los versos del poeta.

Ha sido en la mismísima Hostería del Laurel donde he estado hablando con Dalí. Es decir, la hostería tiene un laurel un tanto extraño en el que los extremos se tocan, como una pescadilla de esas que se muerden la cola y se pueden comer en cualquier hostería.

Y otra salvedad tengo que hacer: que yo estaba hablando con Dalí, pero a quien tenía delante era a Luis Escobar, en trance de mensaje telepático.

Se enciende la batería, y en vez de los floridos discursos de Mejías y Tenorio, se escuchan nuestras voces. Surrealismo puro. Pregunto si hay este año más audacia en la decoración que el



Dalí, interpretado por Usa

año anterior, y se me contesta con una verdadera lección de exactitud:

—Dalí no va buscando audacia. Persigue únicamente la belleza y la eficacia, servidas por la interpretación plástica, en la que la audacia es sólo un valioso elemento de la imaginación para conseguirlo.

—¡Pero el campo de la imaginación es tan extenso!

—Precisamente a esa fertilidad imaginativa se debe que queden aún muchas visiones sin expresar dentro de los potes de pintura, que irán tomando cuerpo en años sucesivos.

—O sea: se trata—digo—de hacerle la competencia a la literatura en las diversas interpretaciones de Don Juan.

Pero, por lo visto, no he dado en el clavo, y Salvador Dalí, ya hecho al divertido truco de hablar con la voz de Escobar, me contesta que no ha tenido en cuenta ninguna disquisición más o menos filosófica anterior o posterior al drama romántico, y que para su realización escénica arranca directamente de la obra de Zorrilla, que tiene en sí misma posibilidades y sugerencias suficientes.

No me atrevo ya a asegurar nada, y pregunto tímidamente:

—¿Temor al patío?

La respuesta no es muy clara—tal vez debido a un cruce telepático—, pero estoy por asegurar que a Dalí le haría, como si dijéramos, cierta ilusión si se armara un poco de ruido. En realidad es ésta una magnífica postura—no sé si también surrealista—ante un estreno. ¿Qué hay palo? ¡Alegria desbordante!... ¿Que se aplaude a rabiar? A nadie le amarga un dulce. Lo único que a Dalí no le hace gracia es un discreto aplauso.

Y Luis Escobar ríe mefistofélicamente. Sí, ahora es Luis Escobar. Parece que todo esto le tiene muy divertido.

Elvira Noriega no tiene libertad de movimientos

Elvira Noriega, convertida por obra y gracia de la farsa en Doña Inés—doblemente paloma por el verso y el atavío—, se está probando lo que ella llama "salida de teatro", y, según la colaboración Zorrilla-Dalí, se trata del traje de la "hermosísima paloma privada de libertad".



Me confiesa Elvira que, por lo menos para moverse, no tiene libertad ninguna con tal caparazón, y está preocupadísima.

—¿Te gusta más vestirse de lirio o de paloma?

—¡Son tan bonitos los dos trajes!

Y a continuación lo elogia todo. Todo le parece de maravilla: la jaula, los paisajes... De pronto piensa que tal vez descubra demasiado; calla y sonríe, igual que lo haría una paloma si pudiera sonreír. Dalí puede estar satisfecho.

—Pero—intervengo de nuevo—, ¿no te resulta un poco raro este "Tenorio"?

—¿Raro? ¡Lo que me parecería extrañísimo es interpretar a Doña Inés con un sencillo hábito de monja!

Diosdado comprende los avances escenográficos

Don Juan es esta noche Enrique Diosdado. Ha interpretado, ¡cómo no!, muchas veces el Tenorio, pero en esta ocasión llevaba once años sin convidar a cenar al comendador.



Creo que es interesante saber si es más fácil o más difícil conquistar a Doña Inés con vestido y decoración tradicionales... de esta otra manera, y se lo pregunto. He aquí su respuesta:

—De todo ha...

Por una parte, lo que sea ayudar al actor con adecuadas sugerencias plásticas me parece magnífico. Sin embargo, resulta más difícil descollar en el papel y requiere, por tanto, mayor esfuerzo el verse rodeado de tanto color brillante y tanta sorpresa, que inquieta al espectador.

dor. Hace falta luchar más para ser, a pesar de todo, el primer plano de interés. En realidad, yo estaría más tranquilo teniendo por decorado nada más que una sábana.

Sin embargo, Diosdado comprendo, y así me lo hace saber, que es rico y útil que los avances escenográficos del momento den nuevas inquietudes y calidades a la obra de siempre.

COBIFEJO